

# El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS EN MENEN- DEZ PIDAL.

La muerte de don Ramón Menéndez Pidal a dos meses de llegar a la centuria, ha conmovido al mundo de la cultura universal. Porque si alguien alcanza ese título de universalista es el gran escritor español, el último de los grandes en una galería de veras hermosa y sugerente de grandes varones. No se crea que la gigantesca erudición de don Ramón Menéndez Pidal es apenas un mundo libresco, un inacabable fichero de datos, trasposiciones y disgresiones. El simple detalle, la anécdota, que han servido de fondo a muchos escritores, desaparece completamente en el severo maestro de una Iberia frontal, creadora y peleadora. Es cierto que en forma apariencial, el insigne filólogo deja que sus personajes o sus datos corran libremente por la llanura de su prosa. Pero si examinamos atentamente el hecho, aplicamos el oído a esa prosa, hallaremos que tiene temperatura, que evidencia la fiebre interior del maestro, que no confundía el quehacer de sus personajes o sus hallazgos maravillosos, con su propia experiencia de los hechos y su forma de presentarlos.

Existe una especie de armadura técnica, en la conformación de sus libros. Pero sin que ella le reste prestigio a lo personal y afectivo. Porque una de las grandes deformaciones de la literatura en todos los climas, reside precisamente en esa manía, un poco narcicista del autor, de pretender suplantar a los personajes, de ser él antes que la obra. En esta tarea se confunden lamentablemente los términos. Es preciso dejar correr el agua de los hechos. Algunas veces mansa y otras encrespada. Regata o furia marina.

Se afirma que la dispersión es mortal para todo buen investigador. En ello todos estamos de acuerdo. Se han malogrado muchos talentos por ese afán de pretender abarcar muchos campos de la inteligencia. Pero hay que tener buen cuidado en no confundir lo brillante, externo y superficial, con la verdadera obra de investigación intelectual.

Cuando un escritor es de raza, tal el caso del insigne humanista, su impulso vital, lo lleva a fundirse con sus propios temas. Porque la exigencia íntima de los temas lo conduce a esclarecer otros rumbos, a ahondar en campos en los cuales no había sospechado entrar. En este orden de ideas, Ramón Menéndez Pidal, tuvo que enlazar la filología con la historia y rastrear caminos que acaso no tuvo en mente explorar. Pero que se fueron imponiendo a su conciencia a medida que avanzaba en uno de los trabajos de investigación más completo de este siglo. Así don Ramón fue maestro en la filología y en la historia porque ninguna barrera era suficiente para detener su exploración temática. Buscando los orígenes, acabó por encontrar la adolescencia, la juventud y la madurez del español. **Los orígenes del español** es una obra de gran resplandor, de inusitada fuerza, pero antes está presente y patente **El manual de gramática española**, en el cual es bien fácil hallar los orígenes de donde partió el gigante para hallar el mundo de la lengua española, la desmoronada fachada de lo medioeval de crónicas, romances y gestas.

Vienen la **Epopeya del Cid** y **El romancero** y otras obras de igual calidad. España adquiere nuevas dimensiones por el trabajo de este titán de las letras. El mundo del idioma en el cual rezaron, hablaron, guerrearon los españoles, se torna lengua viva y clara memoria. Investiga con rigor y desvelo. De pronto, en límites ya avanzados de su edad don Ramón escribe la **Biografía del padre Las Casas**. Que recibe la crítica de los escritores americanos. Porque en ella, el insigne políglota, el maestro, el Presidente de la Real Academia de la Lengua, pretende justificar hechos que no correspondieron a las motivaciones y nos presenta un padre Las Casas, enemigo de muchos valores iberos, cuando lo cierto fue que denunció con valor las tropelías de los conquistadores y la forma como sojuzgaron y chafaron a las razas precolombinas. En este mismo Boletín, a su tiempo, hubimos de criticar dicha obra.

Por lo demás, don Ramón con la flor de sus romances viejos y nuevos y su epopéyica figura del Cid, ha entrado en la inmor-

talidad y mereció el Premio Nobel de Literatura que la Academia Sueca, le negó con una total ignorancia de su obra ciclópea en la letras españolas.

\* \* \*

### PLAYAS DE ORO—Poesía—*Humberto Archila.*

Fue Germán Arciniegas quien puso en nuestras manos jóvenes, el libro de Humberto Archila *Playas de oro*. El hermoso regalo coincidía con nuestras primeras incursiones por la estética. Atrás quedaba el romanticismo con sus poetas desmelenados, su ajenjo y su melancolía postiza. Empezaba a emerger de la niebla conceptual una forma nueva de la lírica. El meridiano intelectual pasaba por Francia, pero también por otras latitudes. Julio Laforgue, Leconte de Lisle, Teófilo Gautier, Bamville, algo de Mallarmé, Apollinaire, y Baudelaire y los lentos arpegios en sordinas de estuche, llorosos de patetismo de Verlaine. Pero también los nuestros, Valencia, Leopoldo Lugones, Herrera y Reisig, Leopoldo Díaz, Julio Casal, Silva, Díaz Mirón, González Martínez, Amadeo Nervo, y el inconmensurable Darío, le daban a la poesía nuevos símbolos y palabras de una extraña morbidez y de un brillo espectral como la luz de diamante.

Humberto Archila perteneció a ese vanguardismo poético, una especie de santoral florecido de rosas. Trabajaba sus poemas con materiales puros, acarreados de diversas canteras. Trabajo de cincel, lúcido esfuerzo por aprisionar un mundo cambiante de múltiples formas. El poeta venía de Boyacá. Ya Armando Solano había trazado el agua-fuerte de *La melancolía de la raza indígena*, un libro amoroso, pero penetrado de amargura y desolación. Colinas de pena. Barro ocre. Cactus vigilantes. Los rebaños merinos. Las chozas humildes. La superstición indígena mezclada al fervor católico. Ermitas para la esquila o el silbo de rapaz del viento. Humberto Archila vivía otros meridianos culturales y anímicos. Pero lo agotaba una sensibilidad extraordinaria que le hacía ver la naturaleza con ojos de poeta, es una especie de transmigración milagrosa.

Sus poemas eran el fruto de sus lecturas, de golpes de la sensibilidad que transmuta valores y amplía los horizontes del hombre. Por eso mismo, no se apegó al folclor, a lo ambiental de su departamento. Era gran poeta de evasiones. Esto requiere egregia calidad. Porque el hombre reacciona solamente ante las cosas que se le meten de rondón en la sangre. El poeta es un

testigo deslumbrado. Y en sus días empezaba a triunfar el modernismo. Los poetas parnasianos y posteriormente los simbolistas, mantendrían su vigilancia, mucho tiempo.

Perteneció a la escuela de Rafael Vásquez, el tallador de *Anforas* y de *La torre del homenaje*.

Archila mantuvo una posición solitaria y orgullosa. No era fácil acercarse a su intimidad. Sus torres de poesía y de orgullo sabían guardarlas celosos alabarderos. Y en su poesía pasa la nostalgia, la "morriña" galaica, lo que se vuelve recuerdo y se envuelve en el huso de las distancias. "Ya he vivido tantos años / tras la sombra de esos tilos / ducalmente adormecidos sobre el mármol de las diosas / ya he mirado tantas cosas que se percibe en mis cantos / un ritual de ceiba antigua y un dolor callado / en mis párpados tranquilos". En verdad era la suya una poesía culterana, un bosque de símbolos con mucho de elegía. Lo obsedía la presencia de los árboles plantados como vigilantes de una tardía floración estética. Bien hubiese podido grabarse sobre su tumba el verso de Alfredo de Musset: "Caros amigos, con un sauce, ornad la tierra de mi tumba".

Alguna vez conversamos muy largo con Humberto Archila en Sogamoso. Tenía la dignidad austera de los grandes solitarios. De los hombres que nada esperan de las glorias terrestres. Retirado del mundo y sus ruidos ensordecedores, colgada el arpa del sauce bíblico, rumiaba una especie de tristeza que abría anchos silencios en el diálogo. Y recordamos su verso: "¿Para qué vivir cansados, respuntando el horizonte con la seda unicolora de los años y los días? ¿Para qué vivir cansados si a través de tres lustros de leyendas se agazapan en la sombra prodigiosas lejanías?".

Y murió así, lejos de todo. Es posible que las nuevas generaciones no conozcan la poesía de Humberto Archila, como ignoran la de Vásquez, Castillo, Rasch Isla, Pacho Valencia y otros. Nunca tuvo urgencia de brillar con luz falsa. Pero su don poético es toda una época de la lírica colombiana y americana. Su vida fue una lección ejemplar de inteligencia, de limpieza del alma y de solitario orgullo.

\* \* \*

SIERVOS DE DIOS Y AMOR DE INDIOS.  
Por: *Víctor Daniel Bonilla.*

En este mes de noviembre se ha dado a la publicidad esta obra del escritor Víctor Daniel Bonilla. El libro versa sobre la catequización de los indígenas del Valle de los Sibundoyes por las misiones evangélicas de los capuchinos en aquellas plácidas regiones. En primer lugar es justo aceptar que el autor es hombre que ha estudiado el problema con seriedad, aunque su criterio se encoga a veces por su anticlericalismo. Somos los primeros en colocarnos de parte de Bonilla en sus apreciaciones sobre el llamado por los sociólogos, el indigenismo. En verdad, está probado en forma evidente, con realidades y no con meras fantasías que las culturas pre-colombinas estaban en plena terio se encoja a veces por su anticlericalismo. Somos los primeros de los quimbayas, muiscas, chibchas, calimas, es de una evidencia que enceguece por su propio deslumbramiento. La cerámica, la talla agustiniana, el tejido de algodón, el uso sabio de las yerbas, el amortajamiento, las trepanaciones científicas del cerebro, el exquisito gusto en el trabajo de las joyas, todo está pregonando la calidad y densidad de aquella cultura.

Los indígenas eran cosmogónicos y politeístas. Pero tampoco este hecho podía reducirlos a simples bárbaros como lo hicieron creer los conquistadores de ferradas espuelas y botas brutales de conquistadores. Pero ya ante el hecho de la conquista, es preciso aceptar que la rapacidad, la violencia la tortura, no fueron obra de la Iglesia Católica, ni se debe a su influjo el atraso de los nativos. Es cierto que hubo exceso y demasiado celo. Que también algunos misioneros, no todos justo es confesarlo, tuvieron una verdadera conciencia de su misión evangélica. Y que algunos se pegaron demasiado a los bienes de la tierra, contrariando los preceptos de Cristo. Pero también hubo misiones que cumplieron una tarea evangelizadora en esos remotos parajes. Nuestros criollos, llamados históricamente a cumplir esa tarea con los aborígenes, tuvieron buen cuidado en quedarse en las nacientes villas y no exponerse a viajar a la selva, a sitios en los cuales la vida estaba en permanente peligro, donde la salud era minada por toda clase de enfermedades, sin ninguna de las gratas comodidades de la vida burguesa.

Las misiones jesuítas, franciscanos, capuchinos, cumplieron tarea de grandes proporciones. Algunos, como lo señala Bo-

nilla en su libro acusador, se apartaron de la doctrina social de la Iglesia para obtener ganancias y ampliar sus propiedades, levantar casas, acrecentar el ganado, enriquecerse en una palabra. Pero muchos fueron desprendidos y ejemplares en su tarea.

Las generalizaciones son antipáticas. Los extremos son viciosos. Bonilla hubiera querido que la Nueva Granada fuera conquistada por los ingleses o los holandeses, parece deducirse de su alegato. Pero holandeses e ingleses también torturaron a las tribus dominadas por ellos y, de contera, jamás mezclaron su sangre con la de los pueblos oprimidos por su conquista rapaz. La tarea de los jesuítas en el Paraguay fue ejemplar en América. Y en la Nueva Granada también se dieron casos de apostolado ejemplares. Luego es conveniente no escribir un libro con ánimo deliberado de echar toda la responsabilidad de un problema a una de las partes. El Estado colombiano, como lo dice el autor muy juiciosamente, apenas ahora comienza a preocuparse por los territorios nacionales. Porque la politiquería miope, los afanes parroquiales, nos alejan de una integración total de la nación.

Y correspondió a las misiones suplir a un Estado que se dedicó a jugar a las guerras civiles, mientras los indígenas se hundían en légamos de muerte y olvido.

De todas maneras, el libro de Bonilla debe leerse y meditar. Sin necesidad de apelar al nuevo evangelio de una revolución cristiana que, por lo que respecta a América, se ha convertido en un espectáculo de contornos achatados por odios y pasiones inconfesables en las cuales no cabe para nada el espíritu de Cristo.

\* \* \*

OBRAS SELECTAS—Por *Andrés Eloy Blanco* — Ediciones DIME. Madrid-Caracas. 1968. 1.255 p.

Un devoto amigo de Mérida nos ha enviado el ejemplar que tenemos sobre la mesa de estudio de las *Obras Selectas* de Andrés Eloy Blanco. Siempre resulta edificante acercarse a la poesía y al teatro, y al cuento de Andrés Eloy Blanco. Porque toda su obra está penetrada de raíces de su Venezuela amada y cantada. Es cierto que gran parte de sus poemas fueron obras

de circunstancias. La viruta de la garlopa manejada por un diestro manipulador de preciosas maderas. Andrés Eloy Blanco no practicó el orgullo satánico de algunos escritores americanos. Cuando alguien le pedía que dejara oír su voz lo hacía. En esta forma escribió versos en álbumes, en tarjetas de viaje, en saraos, en fiestas alegres y efímeras. Y el tiempo, dragón implacable ha destruído completamente tal viruta lírica. Pero en cambio ha respetado y engrandecido aquellos poemas de tipo universal, en los cuales está vigente el amor del poeta con su patria. Y no solamente el amor, sino su total compenetración con sus amarguras, sus dolores silenciosos, las heridas abiertas por sargentones que iban mutilando las palabras libres con la hoz homicida.

Allí sí está vigente y viviente la voz de este gran poeta. Una auténtica gloria de América. Un Cristo que padeció con su cruz atroz sobre el hombro afilado. El dolor del pueblo, como también su alegría, sus esencias más ricas, encontraron su interpretación en este poeta. Las palabras son deslumbrantes. Las disparas hacia el sol convertidas en dardos. Es la suya una obra rica y pobre, aunque parezca paradójal el concepto. Rica por la iluminación interior y pobre, cuando la encela en motivos triviales en algo como una juglería sin sabor y savia de pueblo. La sociedad aristocrática le quita al poeta densidad. Solamente en los filones populares y en los grandes desgarramientos encuentra el verdadero poeta su mundo. Algo de tenebroso, de lejano, que se niega a dejarse encarcelar en las palabras, tiene el verdadero poeta. Nunciador, profético y colérico. Y caminando siempre con pie firme sobre los yermos páramos de la soledad. En buena hora nos llega la poesía de Andrés Eloy Blanco, voz ejemplar de Venezuela y de esta América cobriza, de lentos aires, de cobres roncós.

\* \* \*

RELECTURA DE GIOVANI PAPINI—*Obras completas*. Ediciones Eneida—Barcelona. España. 1968.

En cualquier momento, especialmente cuando las tempestades arrecian, es bueno convivir con Giovanni Papini. Regresar a sus textos es una limpia tarea de asepsia moral. El latino

más, pero más armonioso, incluyendo a D'Annunzio, es una cátedra viva, una forma de tomarle el pulso al mundo. Al precario que nos rodea y aquel otro, donde Dios mira las cosas de sus hormigas humanas. No es tarea fácil el reencuentro con Papini. Porque no fue un espectador sino un testigo de su tiempo. Y también tuvo sus dudas y las espinas desgarraron su pecho. Lector infatigable, el cristianismo era el Alfa y el Omega de su vida. Pero no un cristianismo formal, litúrgico, de sobrepellices y de capas bordas y flotantes. Sino el otro, el verdadero, el que Cristo escribió con sangre y cuya final amargura está en La Pasión. Por eso, en muchas páginas de Papini se ve correr un hilillo de sangre. Su autenticidad lo salvará del olvido.

Iracundo, desconoció a los dioses de arcilla de este mundo. Los fustigó con látigo amargo, empapado en hiel, sangre y sudor. Su verdadero deslumbramiento, su gran pasión fue Cristo. Pero no obstante sus tremendas páginas contra la humana miseria, era inconmensurablemente noble y perdonador. Y justo, Acaso el último justo. Quiso perdonar hasta al propio Demonio. Uno de sus últimos libros fue mirado con recelo en el Vaticano. No se podía ir tan lejos en materia de interpretación de la Teología.

Porque Papini intimaba con ella, como otros tienen amistad de interpretación con textos persas, griegos o latinos. Fue, acaso, el más voraz de los lectores de su tiempo. Leía hasta esa hora del alba en que la luz primera empezaba a caer sobre los libros amados.

Su prosa no es silbido de pájaro en la madrugada, no obstante su anchurosa vena latina. Porque confrontaba los problemas y combatía el mal. Era su enemigo mortal y el cerco tendido al hombre como la trampa que los siberianos tienden a los lobos cuando el invierno pasa, despojando a los árboles de sus ramas y se enjuta el paisaje y toma una categoría metafísica distinta. El hueso mundo, sin adiposidades. Cuando las lágrimas se congelan en estalagmitas y sentimos que hemos sido descombrados, que puede llegar la muerte y visitar las más recónditas estancias del alma.

Papini era iracundo y tremante. Su prosa quema y desuela. No tiene concesiones para la beocia, el filisteísmo, y la hipo-

cresía universal, “esa gran nata sobre la cual sobrenadan los renacuajos”. Aspero y difícil Papini. Y no obstante, tan de nuestro gusto. Porque nos descubre la pisada del lobo, la mentira de muchas cosas, todas las jugarretas del hombre para jugar a escondidas con Dios. Como si EL no estuviera viendo nuestra picardía, la secreta miseria de que estamos hechos. “A un Dios muerto se le entierra pero no se le calumnia ni se le injuria”, afirma en *El juicio final*. Confiesa que Cristo lo buscó desde los primeros años. Lo veía en todas partes y parecía hablarle al oído. Por eso se consagró totalmente a su servicio.

Pero sin maniqueísmo, ni falsa hipocresía. Ya que su pensamiento es cardinal, adoctrinador y terrible. Las llamas se retuercen y alcanzan, por fin, la cola de la salamandra. Abrupto y duro, cortante y filoso. Melódico y tierno otras. Su estilo literario es una maravillosa superposición de líneas arquitecturales lanzadas al espacio. Aunque en todas ellas asomen gárgolas. ¿Pero acaso lo deforme, lo monstruoso, las floraciones de hongos, no están en nuestro propio pecho pecador?

Cuando quedó ciego de tanto leer, se hacía leer de su secretario. Y se exaltaba oyendo tanta charlatanería escrita, la duda de algunos, los melindres del otro, la topografía de quienes tenían cimas, valles, pero estaban definitivamente calcinados. Arenales de vidrio y espejismo. Gran lectura es Papini. Y aleccionadora. Que se la aconsejamos a los buenos cristianos, a quienes aún luchan contra el demonio porque la carne es perecedera y está contaminada.